

*Manos Cuaderno N° 46*

JUAN MARAGALL

*emo*

ELOGIO  
DE LA PALABRA



IMPRENTA ALSINA  
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.

H  
860.5  
@ 695C

COLECCIÓN ARIEL

*Enero de 1914*

8685

Rogelio Sotelo

## Apreciaciones

*...De todos modos, el papel de Maragall no es el de un luchador, sino el de un guía. Su tomo de Artículos castellanos (1904),<sup>1</sup> que resume su vida periodística, comenzada en el Diario de Barcelona, al lado de don Juan Mañé y Flaquer, y continuada muchos años, bien claro lo demuestra.*

*Espíritu moderado, abierto a todas las ideas, se encariña con las que le son más contrarias, las coge amorosamente, las retuerce, las transforma, las clarifica y saca siempre de ellas un alto sentido, una enseñanza. No es nunca irónico, ahora que todo el mundo lo es. Yo quisiera que este libro anduviera en manos de todos, de los periodistas principalmente, porque es mucho lo que en él se puede aprender. Todo el fervor de su alma, toda la claridad de su inteligencia y, últimamente, todo su*

---

<sup>1</sup> La serie castellana de las OBRAS COMPLETAS de Juan Maragall—(Gustavo Gili, Editor. Barcelona, 1912)—comprende los *Elogios* (un volumen) y los *Artículos* (cinco volúmenes); es la que hemos tenido a la vista al hacer la selección —(N. del D).

*prestigio personal se derraman sobre los asuntos del día. Palpitantes aún muchos de ellos, conviene examinarlos a una luz serena, y ninguna mejor que esta lámpara de buena intención que lleva en la mano el periodista poeta. Su estilo, en castellano, parece derivado del suavemente pomposo de nuestros místicos, con una especie de acento catalán que le da una personalísima vibración.*

*La misma vibración tiene su prosa catalana: obra maestra en ella es el Elogio de la paraula (1903). Maragall la exalta como la mayor maravilla del mundo, cuando se dice en plenitud de sentimiento y pureza de expresión.*

Enrique Díez-Canedo

*Renacimiento*. Madrid, Abril, 1907.

*...Viniendo del espíritu a la obra concreta de Maragall, digo que me gustan sus versos porque son — digámoslo en la hermosa lengua en que están rimados — enlairadores;<sup>1</sup> porque leyéndolos el alma se penetra de gozo mañanero y soleado, de exaltación que huele a rosas y sabe a tierra — «Olor de rosas y amor de patria hay en el ambiente de este día» — porque*

<sup>1</sup> *Poesías* (dos volúmenes), edición de Gustavo Gili. Barcelona, 1912.



JUAN MARAGALL

† 1911

*no hay nada deprimente ni aun en sus estrofas melancólicas, por lo cual esta obra de belleza lo es, para quien la lee, de misericordia. Misericordia hay también en su prosa, con la cual tantos años ha estado adoctrinando a la multitud, y es porque Maragall tiene su alma muy cerca del alma de su pueblo, y el oído atento a los latidos del gran corazón popular. Su ingenuidad serena y voluntaria le ha hecho comprender el secreto de grande poesía que está en la ingenuidad del arte nacido del terruño y conservado bajo las alas de la tradición; así, contando al pueblo sus propios cuentos, ha ganado el derecho de enseñarle, luego de haberle deleitado, y aprovechando el privilegio magistral, pronuncia sus prédicas de bella y buena doctrina, y catequiza rimando en el periódico justicia con belleza, amor con patriotismo, serenidad con fe; hablando en catalán y en castellano. Barcelona—España con ella—le ha tenido diez años por maestro. «¡Oh, feliz la ciudad que tiene una montaña al lado!»—dice al principio de una de sus lecciones; y debemos nosotros decir:—¡Feliz el pueblo que tiene un adoctrinador poeta al pie de la montaña!*

G. Martínez Sierra

## Elogio de la palabra

**D**ICE Raymond Llull que todo cuanto se puede sentir por los cinco sentidos corporales, todo es maravilla; pero que como el hombre siente a menudo las cosas corporalmente, por esto no se maravilla; y que lo mismo sucede con las cosas espirituales que el hombre puede entender.

Así pues, yo creo que la palabra es la maravilla mayor del mundo porque en ella se abrazan y confunden toda la maravilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza.

Parece que la tierra use de todas sus fuerzas en llegar a producir el hombre como a más alto sentido de sí misma; y que el hombre use toda la fuerza de su ser en producir la palabra.

Veis al hombre en su silencio y os parece nada más que un ser animal más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus

facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual, muévense sus labios, vibra el aire en una variedad sutil, y esa vibración material, materialmente percibida por el sentido, trae en sí esta cosa inmaterial desveladora del espíritu: la idea.

¡Cómo! Oís el rumor del viento, y el ruido del agua, y el fragor del trueno, que dejan en vuestro espíritu una gran vaguedad de sentimiento; y bastará con que un niño muy pequeño, que apenas se hace oír, diga suavemente: ¡Madre! para que, ¡oh maravilla! todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de vuestras entrañas. Un sutil movimiento del aire os hace presente la inmensa variedad del mundo y suscita en vosotros un fuerte presentimiento de lo infinito desconocido.

¡Cosa sagrada! Dice San Juan que en el principio era la palabra, y que la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios; y que por ella fueron hechas todas las cosas; y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz!

¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos



hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay nombre, por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo. ¿Cómo podemos, pues, hablar tan fríamente y en tal abundancia? Por eso solemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia; porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión: entonces que el espíritu en su plenitud se estremece, y las palabras brotan como las flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas brota una flor como expresión maravillosa. ¿No veis en la quietud de las plantas su admiración de florecer? Así nosotros cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera.

¿No habéis oído cómo hablan los enamorados? Parecen encantados, y que no saben lo que se dicen. Rómpeles la voz entre la luz de las miradas, por la demasiada plenitud del corazón. Y así sus palabras son como flores. Porque antes el amor no habla,

¡qué hervor de vida en todas las ramas del sentido! ¡qué querer decir los ojos! y mientras se cruzan ardientes las miradas ¡qué silencio! ¿No habéis entrado alguna vez en un bosque muy grande, sobrecogidos por aquella quietud llena de vida que parece una adoración de toda la tierra? Así adoran las almas de los enamorados en el brillo silencioso de las miradas. Y brota por fin una música animada, una maravilla, una palabra. ¿Cuál? Cualquiera. Pero cualquiera que sea, como viene con toda el alma del terrible silencio que la engendró, si probáis de sondearla nunca llegaréis al fondo y retrocederéis espantados del infinito que lleva en sus entrañas.

Así hablan también los poetas. Porque ellos son como enamorados de todo lo del mundo, y también miran y se estremecen mucho antes de hablar. Míranlo todo y se encantan, y después cierran los ojos y hablan en la fiebre: entonces dicen alguna palabra creadora, y semejantes a Dios en el primer día, de su caos brota la luz. Por esto la palabra del poeta brota con ritmo y luz, con el ritmo luminoso de la belleza: éste es el hechizo del verso, único lenguaje verdadero del hombre.

Dice Emerson: «No es que Dios haya creado las cosas bellas; sino que la belleza es la creadora del Universo». Así Dios parece crear en la voz inspirada del poeta.

Pero olvidados de la divinidad del mundo, y por aparente necesidad de lo contingente, despreciamos al poeta pequeño o grande que hay en cada uno de nosotros, y hablamos interminablemente sin inspiración, sin ritmo, sin luz y nuestras palabras fluyen insignificantes y fatigosas, como planta que se disipa en hojas innumerables ignorando la maravilla de las flores que estaban en su seno inexpresadas.

¿Y qué os diré a vosotros que os dejáis llamar entre todos poetas? ¿cuándo querréis entrar profundamente en vuestras almas para no escuchar otra cosa que el ritmo divino de ellas al vibrar en el amor de las cosas de la Tierra? ¿cuándo desdeñaréis toda otra música, y no hablaréis sino en palabra viva? Sólo entonces seréis escuchados en el encantamiento de los sentidos, y vuestras palabras misteriosas crearán la vida verdadera, y seréis mágicos prodigiosos.

Porque—yo lo he visto—cuando habláis olvidados del ritmo ruin de vuestra vanidad, y en toda la humildad de inspiración

de vuestra alma, yo he visto a las gentes que antes distraídamente os escuchaban, iluminarse sus ojos, encendérseles las mejillas, alentar sus bocas entreabiertas y sonreír con beatitud entre lágrimas, rindiendo sus cuerpos para ser el espíritu llevado a la divina esfera. Les he visto mirarse unos a otros maravillados y dichosos de verse juntos redimidos de toda contingencia por el encanto, que les era desconocido, de la palabra absoluta; y repetírsela balbuceando unos a otros y a los de más allá que no la habían oído, y de lejos y de más lejos volverse los ojos iluminados hacia el poeta que hablaba en la humildad de su fiebre creadora, y en todos aquellos ojos una gratitud amante como de criatura a su creador.

Mas ahora, ¡desdichados!, a menudo, sobre un grano de inspiración sagrada queréis levantar el edificio de vuestra razón vanidosa, hinchando ridículamente vuestros ritmos para llenarlos con las palabras que sobrenadan muertas en la superficie de las cosas; y la gente se cansa de oíros hablar vanamente con música inanimada, y os toma por maniáticos entretenidos y lo sois en efecto. Habíais encontrado una palabra bastante a esclarecer el mundo, y vuestro bajo

prurito de perfección y grandeza la envolvió en confuso enjambre de palabras sin vida que ofuscaron aquella divina luz, sepultandola otra vez en la confusión y en las tinieblas.

Aprended a hablar del pueblo; no del pueblo vano que congregáis en torno de vuestras palabras vacías, sino del que se forma en la sencillez de la vida ante Dios solo. Aprended de marineros y pastores.

¡Cuánto contemplar unos y otros en silencio la majestad del mundo allí donde el espíritu alienta con ritmo libre y grande! ¡Cuánta inmensidad han reflejado sus ojos, cuánta hermosura de cielo azul y prado verde, y del mar que muda fácilmente el color como el rostro de una virgen, y claridades de luna y de sol, y las nieblas grises y la cortina de las lluvias! ¡Cuánto viento ha sonado en sus oídos y cuántas rítmicas oleadas, y los truenos que se acercan y se alejan, y el mugir de los bueyes en la soledad! ¡Cuánto olor de agua salada y de hierba han respirado, y cómo sus sentidos han sido amorosamente tocados por todas las cosas puras! Sus facciones están como encantadas de ello, y hablan rara vez, pero si hablan, sus palabras vienen llenas de sentido.

Me acuerdo de una vez que en el Pirineo, a medio día, avanzábamos perdidos por las altas soledades: en el encrespado mar de piedras de las cimas nos faltó toda dirección, y en vano, con ojo inquieto, interrogábamos la muda inmensidad de las montañas. Sólo el viento cantaba sobre ellas con interminable grito. De pronto, envuelto en el gritar del viento oímos un son de esquilas: y nuestros ojos azorados, poco hechos a aquellas grandezas, tardaron mucho en descubrir una yeguada que abajo, en una rara verdor, pacía. Hacia allí nos encaminamos esperanzados hasta encontrar el pastor echado junto al puchero humeante que el zagal, en cuclillas, vigilaba atentamente. Pedimos camino al hombre, que era como de piedra; y él, volviendo los ojos en su rostro extático, alzó lentamente el brazo señalando vagamente un atajo, y movió los labios. En la atronadora marejada del viento, que ahogaba toda voz, sólo dos palabras sobrenadaban que el pastor repetía con terquedad: «Aquella canal.....», éstas eran sus palabras, y señalaba vagamente allá, hacia una altura. ¡Cuan bellas eran las dos palabras gravemente dichas entre el viento! ¡qué llenas de sentido y poesía! La

canal era el camino, la caual por donde bajan las aguas de las nieves derretidas. Y no era cualquiera, sino *aquella canal* que el hombre conocía bien entre todas por una fisonomía especial y propia que para él tenía. Era alguna cosa la canal, tenía una alma; era *aquella canal*. ¿Lo veis? Para mí esto es hablar.

Otra vez también en el Pirineo, pero del lado de allá, y de noche, nos salió en la oscuridad del camino una niña mendigando con voz de hada. Le pedí que me dijera algo en su lengua propia, y ella, toda admirada, señaló el cielo estrellado, y dijo no más: *Lis esteles*. Y yo sentí que también esto era hablar.

Un recuerdo más reciente tengo de un atardecer en una punta de la costa cantábrica, donde los ponientes suelen ser muy bellos. La gente venía sólo por ver ponerse el sol en el mar. Venían hablando, pero al llegar, todos callaban ante el mar que mudaba a cada instante el color. Vinieron dos hombres de mar silenciosos, y se pararon ante la inmensidad; y por mucho tiempo, uno al lado del otro, callaban. Después el uno, sin volverse al compañero, dijo simplemente: «Mira» Y todos los que lo oímos

miramos de frente, allá..... Y estoy cierto de que cada uno vió su maravilla propia.

*Aquella canal.... Lis esteles:.... Mira....*  
Palabras que traían un canto en sus entrañas, porque nacieron en la rítmica palpitación del universo. Sólo el pueblo inocente sabe decirlas y el poeta puede decirlas con otra inocencia más intensa y mayor canto: con luz más reveladora. Porque el poeta es el hombre más inocente y más sabio de la tierra.

Y cuando los poetas sepan enseñarnos ese lenguaje simple y sublime, haciéndonos olvidar todo otro en su olvido, entonces llegará su reino, y todos hablaremos encantados en la música creadora. Todos hablaremos como cantando, como voz brotada de la tierra de cada uno; y desdeñando el artificio de las lenguas, todos nos entenderemos en aquello en que debamos entendernos; que en lo demás ¿qué importa? Nos entenderemos sólo por el amor del hablar: porque, en amor, medio entender una palabra es entender mucho más que entenderla del todo; porque en la media inteligencia el amor puede trabajar más. Y no hay más lengua universal que ésta.

Pues ¿qué quiere decir lengua universal



sino comunicación del alma universal por la palabra? Y si el alma universal se manifiesta por la belleza amorosa que traspira toda la creación, y habla en cada tierra por la boca de los hombres que ella misma se ha hecho en su amoroso esfuerzo, claro está que la verdadera expresión universal única será aquella tan variada como la variedad misma de las tierras y sus gentes. Y en ella se entenderán los hombres por la sola armonía natural de la palabra viva y pura, y en lo que se entiendan se entenderán de veras, en voz y en espíritu; mientras que ahora la mutua inteligencia por superficiales palabras aprendidas lejos del amor, es un entenderse sin entenderse; piensan los hombres que se entienden y no se entienden; y menos se entienden cuanto más piensan entenderse.

Porque si dos hombres se hablan en lengua aprendida, puede ser que se entiendan muy bien en las cosas más vanas; pero allí donde empieza a palpitar la vida de lo hondo, allí mismo dejarán de entenderse; porque cada tierra comunica a las más sustanciales palabras de sus hombres un sentido sutil que no hay diccionario que lo explique ni gramática que lo enseñe. Y así

aquellos dos hombres dirán la misma palabra que sonará igual por fuera, y creerán haberse entendido; pero en el fondo de cada alma el canto será muy otro.

Y no es la armonía de afuera la deseable, sino la de dentro; que no es por el ruido igual de palabras que los hombres hemos de hacernos hermanos, sino que lo somos por el espíritu único que las hace sonar diferentes en la variedad misteriosa de la tierra.

He aquí, pues, que al predicar la fidelidad a las lenguas populares, no otra cosa predicamos que el nuevo imperio del verbo creador. Pues siendo el verbo creador del mundo ¿quién, sino el verbo, ha de regirlo al cielo? y ¿qué otras fronteras señalar para ello al gobierno de las naciones sino aquellas mismas trazadas sobre la tierra por el vario sonar de la palabra humana?

*(Elogios).*

## Un Cura

ESTOS días he conocido a un cura, a un párroco... que no es párroco, pero que hace oficio de tal, ¡y de qué modo! Es un cura, ecónomo o regente de una parroquia rural-industrial vacante: un interino.

Nada más profundamente humano que la interinidad; porque siendo nuestra vida terrenal una interinidad fecundísima, toda otra interinidad dentro de ella es algo de más real sentido que cualquiera cosa de esas que tomamos convencionalmente por definitivas. ¡Cosas definitivas!: convenciones, entes de razón, sombras infecundas.

En toda interinidad hay una libertad que enamora: hay como un despego de toda necesidad convencional, de todo compromiso, de toda vanidad, de todo propósito, y las manos quedan libres para hacer lo que el momento reclama, y para hacerlo airosamente, puramente, como el momento

lo pide, y nada más. ¿Por qué más, si el momento es siempre la justa demanda de la vida?

—No, yo no soy el párroco—nos decía con aquella expresión de niño que suelen tener los hombres fuertes;—hoy estoy aquí, mañana iré a donde me manden, pero ¿qué más da? Todos los hombres son mis hermanos; la misión mía los abraza a todos y procuro cumplirla en aquellos entre quienes me encuentro. Todos los días son santos y cada uno lleva su demanda; pues a satisfacerla, que ya es mucho satisfacer al día. ¿Hoy? Pues hoy, sin dejarlo para mañana. Bastante que el mañana se traerá su trabajo, aquí, o en otra parte. Lo hecho ya no puede perderse, y deja en libertad para hacer más.—

Mirábamos su sotana raída, sus zapatos remendados, su expresión reposada. Parecía un obrero: un obrero hablando de su arte; sí, era un joven obrero de almas.

En el poco tiempo que trabajaba en aquel pueblo había logrado mucho. Aquella tierra, medio arrabal de industria, medio campo, cría unas gentes adustas como payeses y pretenciosas como ciudadanos, sin que acaben de ser lo uno ni lo otro; que-

dándose en una ambigüedad especial, favorable sólo a las negaciones.

Le falta amor a aquella gente. No lo tienen, ni gana. Ellos no irán a buscarlo ni a casa de los ricos que se sienten odiados, y les huyen haciéndoles trabajar desde lejos, ni al Estado que les olvida, ni a la Iglesia que ellos tienen olvidada. Hay que llevárselo a casa. Y es lo que ha hecho el cura: ha ido y se les ha metido en casa. Pero no con aire santurrón murmurando oraciones que los corazones fríos hubieran repelido, no con amenazas del otro mundo que les hubieran irritado, no a pedir, sino a dar.

El cura ha escogido el momento con santa habilidad. Donde ha sabido una necesidad ha acudido simplemente a socorrerla: la familia en tribulación se lo ha encontrado al lado sin saber cómo, disponiendo, confortando con serenidad, ayudando en las cosas más materiales; la pobre viuda entonces ha acudido a él para librar al hijo del servicio militar, y el cura, sin decir palabra, ha cogido el apabullado sombrero de teja y el manteo de color de ala de mosca, y tomando al muchacho por el brazo, lo ha llevado a la ciudad, lo ha

acompañado de oficina en oficina, le ha buscado testigos, le ha despachado los papeles y lo ha devuelto libre a la madre; al que ha quedado sin trabajo, él se lo ha buscado; y si dos han reñido sangrientamente, con igual solicitud ha hecho entrar el herido en el hospital y ha ido a visitar al preso en la cárcel. Ha sido poco escrupuloso en hacer el bien, porque no tenía tiempo de enterarse; era un interino: mañana quizás estaría en otra parte, y quién sabe si lo que dejara por hacer resultaría luego lo más conveniente. Así, por no errar, lo ha hecho todo en seguida.

El ha sido el rico, el pobre, el amo, el servidor, el procurador, el consejo de familia, el rey y el alguacil: ha sido el amor activo del pueblo. Y el pueblo no ha podido olvidarle ni un momento, se han acostumbrado a contar con su presencia, se le ha hecho necesario para todo y ha tenido que amarle por fuerza.

Le han amado los chicos, a quienes ha enseñado a cantar, y los grandes, a quienes ha ayudado a bien vivir lo mismo que a bien morir; las viejas beatas y los jóvenes incrédulos, el trabajador y el criminal, el alcalde y el campanero y las muchachas de

la fábrica y el tonto del pueblo y hasta los perros que ya no le ladran.

Y entonces a todos aquellos hijos de Dios, hermanos suyos, a todos aquellos hijos del Amor que vivían fuera del amor, ha podido decirles con cierto gracioso imperio de hermano:—¡Venid a la iglesia!—Y el pueblo, ¡aquel pueblo!, ha vuelto a la iglesia: y todos los incrédulos a misa.

Y cuando les ha tenido allí sujetos por la fuerza amorosa, entonces les ha podido hablar del grande Amor con fruto. Con sus aires de joven obrero, medio payés todavía, ha hablado de Dios a aquellas gentes de un modo proporcionado a sus almas; y la masa rural-industrial ha ido dándose al amor predicado por aquel que parecía, que era, uno de ellos mismos, un trabajador de almas que trabajaba las suyas, así como ellos la tierra o el algodón en rama.

—¡Lástima que cuando usted se vaya de aquí—le decíamos—pueda su obra tan fácilmente perderse, y el pueblo volver a su antiguo olvido y bajeza!—

Hizo un gesto como si tal previsión le molestara, como de hombre que no quiere hacerse esclavo de previsiones. ¿Por qué perturbar la acción presente con dudas y

malos agüeros? Él no necesitaba pensar en mañana para estimularse, ni quería pensar, ¿para qué? ¿para desanimarse y entorpecerse? No; esto tampoco cabía en él: mañana podía hundirse el mundo; pero el bien ganado es cosa indestructible, germina, y un día u otro florece, aunque fuere en las ruinas del mundo.

Así interpretamos nosotros su gesto; mas él repuso:—Yo enseño a la gente a amar en mí al Cura, no por lo que hace o deja de hacer, sino por el carácter de Cura, que hoy está en mí y mañana estará en otro, el cual hará o podrá más o menos que yo, pero a quien, teniendo igual misión que la mía, deberán igual fe para el cuidado de sus almas.

Miramos atentamente al sacerdote, e inclinamos en seguida la cabeza ante la sublime abstracción que sus palabras contenían; pero, no pudiéndonos librar de momento del yugo de las previsiones, deseamos íntimamente, para la perfección de aquel pueblo, que continuara obrando sobre él algo personal, algo vivo, un amor en carne y hueso, una fuerza de simpatía, *un* cura, un hombre, en fin, que es para los hombres la cosa más fuerte.



## La bondad redentora

Así como gusta a veces salir a la libertad de los campos sin dirección obligada, dejándose llevar tan sólo por el vario atractivo de los caminos que se ofrecen al paso, así también place al espíritu, en ciertas horas, ser solicitado por el azar de los libros abiertos al descuido y como por el presentimiento de hallar en ellos la sabiduría que mejor conviene al instante.

Hay, sobre todo, libros que nunca se abren en vano: los Libros Santos siempre tienen algo que decirnos, y una cierta inspiración conduce nuestra mano a escoger entre ellos y a abrirlos en la página propicia.

De este modo se han encontrado hoy nuestros ojos con el Evangelio según San Juan, en el pasaje aquél en que los escribas y fariseos presentan a Jesús la mujer sorprendida en adulterio.

«Maestro—le dicen—esta mujer ha sido sorprendida en adulterio, y Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas tales. Pues, tú, ¿qué dices?—Y esto lo decían tentándole para poderle acusar. Mas Jesús, inclinado hacia abajo, escribía con el dedo en tierra. Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo:—El que entre vosotros esté sin pecado tire contra ella la piedra el primero. E inclinándose de nuevo continuaba escribiendo en tierra. Ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros. Y quedó Jesús solo, y la mujer que estaba en pie en medio. Y enderezándose Jesús le dijo:—Mujer ¿en dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado?—Dijo ella:—Ninguno, Señor.—Y dijo Jesús:—Ni yo tampoco te condenaré: Vete, y no peques más».—

La lectura del sublime episodio deja a uno encantado, sin saber qué decir, ni siquiera qué pensar, sólo con el alma inundada de la bondad divina ante la cual todo mal se desvanece.

Queda en el alma la visión plástica de la escena: Jesús sentado en el suelo, inclinado, escribiendo con el dedo en la arena co-

sas divinamente vagas, y la mujer en pie ante Él, solos los dos, tras la avergonzada huída de los acusadores confusos. Y luego, en aquella soledad producida por la bondad, enderezarse Jesús y decir:—Ni yo tampoco te condenaré. Vete, y no peques más.—

Esto sucedió «de mañana», según el texto sagrado. Debió ser una mañana muy clara; y en la claridad de ella nos parece ver a la mujer alejarse lentamente y con la cabeza baja, y quedar Jesús solo, en medio de una paz inmensa, inclinado otra vez al suelo y escribiendo en él, con el dedo, cosas divinamente vagas.

Si en el tiempo que permanece en nosotros la evangélica visión nos fuera presentado el mayor criminal del mundo para que lo juzgáramos, ¿le condenaríamos en nuestra alma? ¡Qué horror, condenar!

Ante la culpa que hiere nuestro sentimiento del bien, puede nuestra naturaleza reaccionar en un movimiento de repulsión hacia el culpable en proporción al estado de nuestra moralidad y a la perversidad que la culpa le representa. Pero juzgar, lo que se llama juzgar, condenar el fondo del alma del culpable ¿quién se atreverá a tanto si forma parte del cuerpo místico de Jesús?

Tal vez hemos encontrado en nuestro camino un hombre que hemos reputado por malo o despreciable. No le fiaríamos ni el más superficial sentimiento de nuestro corazón, ni un cabello de nuestra cabeza; aun el dirigirle la palabra nos cuesta un esfuerzo, y estamos a punto de condenarle irremisiblemente en nuestra alma. Pero he aquí que un día descubrimos que aquel hombre tiene hijos y que no solamente les ama (pues esto aun en las fieras es sentimiento natural), sino que es apasionadamente amado por ellos, lo cual supone algo fuertemente bueno en el padre. Ante aquella manifestación reveladora, nuestro juicio retrocede espantado, y el hombre que estuvimos a punto de condenar en su todo, nos inspira un súbito y profundo respeto, y aun le otorgamos una buena parte de nuestro afecto.

Entonces se nos hace evidente que cada hombre es un castillo de Dios, inexpugnable a nuestro juicio humano, y cuya recóndita fortaleza y secretas defensas sólo Dios puede medir y contrastar para sostenerlo o arruinarlo.

«Pasad por la noche a orillas del mar—dice Ernesto Hello;—bajad los ojos: contad

los granos de arena de la playa; alzad los ojos: contad las estrellas del cielo. Todo esto es poco. Pero si probáis de contar las acciones y las reacciones interiores y exteriores, las pasiones, las gracias y las tentaciones, las circunstancias, los golpes y los rechazos, los asaltos de dentro y los de fuera, los caprichos, los deseos, los éxitos, los fracasos, los dolores y los ataques: esa multitud inmensa de esfuerzos contradictorios que proviniendo de él, sobre él, por él o contra él, han producido al cabo de cuarenta o cincuenta años al hombre que tenéis en un momento dado ante vuestros ojos; si intentáis ese cálculo infinito, buscáis un número que sólo Dios conoce, queréis levantar el velo que oculta la justicia eterna, y tal atentado parece quizá al de aquel soldado de Josué que puso sus manos sobre lo que estaba reservado, sobre el anatema».

He aquí, pues, cómo nuestros juicios deben rodearse de una santa circunspección que los imposibilite de hacerse demasiado totales y demasiado definitivos, y que les purgue de la hiel de nuestro egoísmo y de nuestra soberbia.

¿Hemos de cerrar, pues, los ojos a lo que nos repugne, transigir con lo que nos reba-

je, y abrir los brazos al que va a herirnos? ¡Oh! no, por cierto; pero obedecer solamente al impulso defensor en su pureza natural y en su naturaleza momentánea, sin erigirlo en juicio terminante; dejar el juicio siempre abierto a reforma para cada caso, y esperar siempre una oculta bondad en cada cosa; y que además nuestra bondad se haga redentora, saliendo al paso de la que pugna por brotar del fondo de todas ellas, puesto que en el amor fueron todas creadas.

Suponed a la adúltera del Evangelio apedreada según Ley; suponedla sobreviviente a un tal suplicio, y nada os costará (antes bien os sentiréis inclinados a ello) figuráros-la reincidente en su impureza, vivo aún el dolor de las piedras en sus carnes. Pero esta mujer que en la claridad de la mañana se aleja lentamente de Jesús que sólo le ha dicho:—Vete y no peques más—¿podéis figuráros-la otra vez impura? Nunca más. La voz del Señor la purificó para siempre en vuestra mente.

(Artículos. IV).

## Las tres preguntas

CUANDO llegué a aquel punto de mi cuento en que para resolver el conflicto entra con toda su fuerza el gigante, la mayor de las niñas me interrumpió diciendo:

—¿Y éste era bueno o era malo?

—¿Y todo esto es verdad?—preguntó en seguida la segunda.

—¿Y qué más?—repuso la tercera ávidamente.

Quedé espantado. La moral, la ciencia y la poesía me proponían secamente el triple enigma.—¡Descífralo o te devoro!—parecían decirme. Hilda pedía a Solness que le realizara la visión que le había dado del constructor cantando en lo alto de la torre.—Padeceré el vértigo y caeré muerto abajo.—No importa; habrás estado. Tú, que me has dado la visión, dame la realidad: la quiero.

¿Qué iba a decir, pobre de mí, a aquellas criaturas? El cuento yo lo inventaba a me-

dida de contarlo, y:—¿Qué más?—Para las niñas era una realidad superior que yo mismo no tenía ya el derecho de destruir; pero:—¿Era verdad todo aquello?—El gigante había de obrar como un gigante:—¿Son buenos, son malos los gigantes?

Y dije a la mayor:—Hija mía, no quisiera que entrases en el mundo viendo a los hombres así, partidos en dos rebaños: unos todos blancos, otros todos negros; éstos buenos; aquéllos malos. Una tal visión sólo Dios puede tenerla; pero su sabiduría ha dicho al hombre: No juzgarás. Y aun de Él mismo se dice que vendrá a juzgar, no a los buenos y a los malos, sino a los vivos y a los muertos; y aunque en un cierto modo general, se entienda que los vivos serán los buenos y los muertos serán los malos, porque aquella vida y aquella muerte sean las de la gracia, yo no sé qué otro sentido más profundo y misterioso se adivina en tal vida y en tal muerte que no se encuentra desde luego en las palabras bondad y maldad. Hay en tu corazón un santo impulso que te mueve a acoger en ti o a repeler los actos humanos según ellos sean, y conforme a esta atracción o a esta repulsión los llamarás inocentemente, pero justamente en tu cora-



zón, buenos o malos; mas, al hombre que los ejecuta, tu corazón temblará de juzgarlo por bueno o por malo en sí, por vivo o por muerto ante Dios.

El homicidio te será siempre odioso en justicia; pero con el homicida ¡cuidado! Cada hombre es un secreto de Dios, y tú no violarás el santuario. Los hombres podrán juzgar al hombre según sus leyes, pero el divino juicio ¿quién lo usurpará? Condenarás a un hombre a una pena civil por un acto suyo; nunca podrás decir si él es bueno o es malo. Muchas veces he notado en ti esta propensión a formar un juicio definitivo no sólo de cada hombre sino de los grupos que ellos forman; y así, si has oído de dos pueblos que estaban en guerra, has preguntado en seguida cuál era el bueno y cuál el malo, y lo mismo de los bandos y partidos de un mismo pueblo y de las clases sociales en general, como si hubiera en ti un anhelo de clara justicia y de poner todo tu corazón de una sola parte; o bien que, nueva en la vida, y tímida por tanto, quisieras saber en seguida en quién y en quién no podías fiar. Pues yo te digo: fía en tu corazón para con todos; y donde él te falte, en ninguno; porque nadie hay bueno que

no pueda engañarte, ni nadie malo que no sea tu hermano. Y de todos te digo, como de este gigante del cuento, que él obrará como gigante que es, y tú le conocerás por sus obras, pero nunca bastante para que no estés dispuesta a mudar de sentimiento a cada una que emprenda.—La niña quedó confusa, y hasta me pareció que conmovida, pero no sé si del todo segura.

Y entonces dije a la segunda:—Sí, todo lo que te he contado es verdad; pero no vayas a creer que es una verdad como esta mesa y estas sillas; porque hay un mundo que vemos y otro que no vemos, y tanta verdad es el uno como el otro; y aún, cuando tú seas mayor, quizás comprendas que muchas cosas que no vemos son más verdaderas que esta mesa y que estas sillas. Pues bien; los cuentos suceden en el mundo que no vemos, y en él tienen una realidad muy firme. Yo te he visto a veces en el jardín estar entre cosas verdaderas, como son los árboles, las flores, las paredes y muchos objetos que se ven y se tocan, y sin embargo he observado en tus ojos como un alejamiento de todas estas cosas; que las mirabas y no las veías, que las tocabas y no hacías ningún caso de ellas, porque tal vez

pensabas en los juegos de ayer o en tus juegos de mañana que ya no te estaban presentes o que todavía nunca lo habían estado ni quizás lo estarían, pero que su verdad es tan fuerte en ti que te privaba de ver lo que te estaba delante y de sentir lo que tenías en la mano; de modo que para ti entonces más verdad era aquello que esto. Y aun te haré notar que, cuando juegas con tu muñeca, ves en ella algo que no está en la muñeca misma; y cuando arreglas las sillas de manera que juntadas parezcan un coche, ves el coche y no ves las sillas; y cuando tiras de la cuerda colgada de la pared y dices a tus hermanos: —Ahora suena la campana—ellos y tú la oyen sonar, aunque aparentemente no haya tal campana, pero que si la hubiera no la oirían mejor ni con tanto deleite; y es que aquella campana que no está, suena en un mundo en el que viven en aquel instante todos los que a ella juegan; y dime si no es aquella, para tí, una vida más fuerte y verdadera que esta en la que andamos y comemos.

Pues así mismo es el mundo de los cuentos y la verdad de los cuentos. Y si me preguntas que para qué sirven este mundo y esta verdad y estos cuentos, te diré que

sirven para vivir del todo; porque no es sólo el cuerpo lo que tenemos ni sólo de pan vive el hombre. Creerás, pues, que son verdad todos aquellos cuentos que te parezca que te hacen vivir más y mejor, aquellos que tú quisieras vivir en ellos, aquellos de los que interiormente te digas:—Esto debería ser;— porque, desde el momento en que lo dices, aquellos cuentos son; y te diré más; que, en una forma u otra, en tu vida aquellos cuentos serán tan reales como esta mesa y estas sillas. Pero si un cuento que te cuentan no lo sientes pasar en tu alma, si no aumenta tu vida, si más bien parece que te estorba de vivir, no lo escuches, olvida lo contado, ríete de él, porque aquel cuento no es verdad; y aun más te diré: que aunque fuera una cosa sucedida y tan cierta como que ahora estamos hablando aquí entre nosotros, desde el momento en que interiormente lo contradijeras y repugnaras, aquel cuento, aquel hecho, ya no sería verdad. ¿Comprendes ahora, hija mía, la verdad de los cuentos?—La niña bajó la cabeza y sonrió callando.

—Bueno, ¿y qué más?—saltó al fin la pequeña, cuya sed de cuento, adormecida un poco por las palabras de mi digresión, des-

pertó violenta en el silencio. Mi numen cuentista estaba agotado o distraído; pero como nunca a los niños se les debe dejar un cuento sin acabar, corté por lo sano y dije apresuradamente:

—Pues que entró el gigante y como traía mucha hambre, se los comió a todos. Y, colorín colorado, el cuento está acabado.

—Es muy corto. ¡Otro!—pidió la implacable.

—Sí; pero... otro día—dije levantándome.

Conocí que la inocente esfinge de tres cabezas no había quedado satisfecha; pero como le di la esperanza no me devoró. Y comprendí que, merced a eso, vamos viviendo, y que así marcha el mundo, y que siempre falta un cuento que contar a los niños y a los hombres.

(Artículos, IV).

## Vida nueva

11 **E**N aquella parte del libro de mi memoria antes de la cual poco podría leerse, se encuentra un lema que dice: *Incipit Vita Nova*. Bajo este lema hallo escritas las palabras que ahora pienso copiar en este libro, y si no todas, al menos su sustancia.

«Nueve veces ya desde mi nacimiento había vuelto la luz del cielo a un mismo punto, cuando a mis ojos apareció la gloriosa señora de mi pensamiento, que fué llamada por muchos Beatriz... Aparecióme cuasi al principio del noveno año, y yo la vi cuasi al fin del noveno mío. Aparecióme vestida de nobilísimo color de sangre, humilde y honesta, ceñida y adornada de la manera que a su tan joven edad convenía. Y digo en verdad que, en aquel momento, el espíritu de vida que mora en la más secreta cámara del corazón comenzó a temblar tan fuertemente que espantaba verlo latir

hasta en los mínimos lugares donde el pulso se hace visible; y temblando dijo estas palabras: *Ecce Deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi*. (He aquí el Dios más fuerte que yo, que en llegando me dominará). Y el espíritu de alma que mora en la más alta cámara a la cual todos los espíritus sensitivos llevan sus percepciones, empezó a maravillarse mucho y hablando especialmente el espíritu de los ojos, dijo estas palabras: *Apparuit iam beatitudo vestra* (Apareció ya vuestra beatitud). Y el espíritu de naturaleza que mora allí donde nuestra nutrición es administrada empezó a llorar, y llorando dijo estas palabras: *Heu miser! quia frequenter impeditus ero deinceps*. (Ay! pobre de mí! porque desde ahora sufriré frecuente privación). Digo, pues, que desde entonces el amor se enseñoreó de mi alma...»

Así cuenta Dante el principio de su *Vita nuova*. Y a nosotros que solemos decir ligeramente: «Año nuevo, vida nueva» nos conviene ponernos delante, en tal ocasión, tan grave ejemplo. Esto quiere decir que, si no está del todo en nuestra mano mudar de vida por el ínfimo mudar de un número en el señalamiento del año, ni tampoco provo-

car en ella uno de aquellos hechos decisivos que la Providencia sólo por manos del azar suele depararnos, podemos, sin embargo, embellecer nuestras ligeras palabras con el reflejo de una bella meditación.

Consideramos lo que fué menester para que Dante escribiera estas palabras: *Vida nueva*, y su plenitud de sentido, y procuraremos penetrar un poco, si no de su plenitud, al menos de su gravedad, nuestro ligero decir: «Año nuevo, vida nueva».

Afortunado sería aquel a quien en tal día apareciera su Beatriz, un amor nuevo que inflamara su corazón, un ideal nuevo cuya visión deslumbrara para siempre más sus ojos en perenne beatitud, un afán nuevo que embargara su naturaleza inferior, purificándola; pero algo de esta fortuna puede venir a todos los que en el pronunciar estas palabras: «Vida nueva», pongan simplemente un grano de respeto a ellas y a sí mismos.

Porque el amor, el ideal, el afán que no han venido hoy pueden venir mañana, y es menester tenerles siempre dispuesta una digna estancia; y hasta con tenérsela preparada parece que se les llama, que se les atrae, que se les convida a morar en nosotros y a dar un sentido a nuestra vida.



Cuando digamos «año nuevo, vida nueva» no hemos de pensar sólo, ni siquiera pensar con preferencia, en aquellas de nuestras habituales condiciones de vida que nos proponemos mudar, sino también y muy principalmente en aquella nueva vida que nos puede venir, en aquella Beatriz que nos puede aparecer dentro del año que empieza. ¿Y querríamos que encontrase nuestro corazón dormido, nuestros ojos turbios, nuestra naturaleza viciada? ¡Oh! ¡no poder entonces sentir la belleza de Beatriz, no poder mirarla claramente, no poder amarla! No seríamos hombres entonces, no mereceríamos este nombre, y la tierra podría muy bien pasarse de nosotros.

No hay vida nueva sin Beatriz, sin vida nueva no hay hombre. Las piedras, las plantas, los animales, tienen vida: sólo el hombre puede tener vida nueva: sólo el poder tener vida nueva hace hombre al hombre. Este «más», este «más allá», este «sin fin», es lo que nos hace humanos. Un perro no puede ser más que un perro, ¿quién dirá lo que puede llegar a ser un hombre?

Y este llegar a ser está siempre a nuestra puerta: puede entrar con cada año que lla-

ma a ella. Con cada una de las estaciones que nos promete, con cada levantarse de sus alboradas, puede llegar Beatriz a mi presencia. ¡Cómo he de tener claros mis ojos para verla, amoroso mi corazón para amarla, libre toda mi naturaleza para hacerle don de ella! ¡Beatriz, la que ha de darme la vida nueva! ¡Beatriz, la que puede hacerme más que hombre! ¡Beatriz amor, Beatriz ideal! ¡Beatriz pureza!

¿Cómo decir ya más fríamente «año nuevo, vida nueva»? ¿Cómo decirlo sino con voz de esperanza, con grito de deseo? Y, mirad, amigos míos: esta esperanza, este deseo, son ya un principio de vida nueva, un albor de ideal, un primer latido de amor.

Cuando la cámara de amor está dispuesta, no puede tardar en venir la enamorada. Tened los lazos armados, que el pájaro caerá en ellos. Vivid en el deseo, y obrará su fascinación.

Porque el ideal pende siempre sobre vuestras cabezas, y el amor pasa cada día a vuestro lado, y la pureza quiere florecer continuamente en vuestras entrañas. Solamente no andéis distraídos, no dejéis enfriar vuestro corazón, no ceguéis con baje-

zas la fuente de vuestra vida; sino atentos siempre, ardientes, libres, abiertos a cuanto pasa y a cuanto viene, olvidaos de cuanto se ha ido y ha pasado: quered, y será.

Esta es la vida nueva que cada cual puede anunciarse a sí mismo al empezar el año: ya veis cuán sencillamente: sólo con decir gravemente lo que solemos decir tan a la ligera, porque la frase ha quedado maquinal en los labios, habiendo sido olvidado su sentido.

No digamos frases muertas: en todas las frases populares como ésta hay una olvidada sabiduría, y late una fuerza desaprovechada. No hay sino resucitarlas dándoles nuestra alma, que ellas nos devuelven enriquecida. Y ésta es buena ocasión para resucitar una. Probemos de poner nuestra alma en el decir: «Año nuevo, vida nueva» y veremos milagros.

Pero también es menester que sepamos decirlo de igual manera que hoy cada día; porque, si bien lo pensamos, todos los días son el primer día del año, y para una vida nueva siempre empieza un año nuevo.

*(Artículos. IV).*

## La ciudad

AHORA que la ciudad nuestra quiere gobernarse por sí misma, será bueno detenerse a contemplarla.

La ciudad es la síntesis de la patria. Es la *casa payral* a donde acuden las más lejanas comarcas que sienten que su alma está en ella.

Id a la más apartada soledad de las montañas, y cuando habréis atravesado desiertos de horas, tal vez encontréis un hijo de la soledad, un pastor que apenas habla. ¿Qué sabe del mundo animado aquel guardador de rebaños? Sabe que allá a lo lejos hay una gran ciudad, y que para ella son los rebaños que tiene en su guarda. Y cuando en la oscuridad del mugriento puñado de monedas que le sirven para comprar su pan oscuro en el poblado, ve brillar el metal más precioso de alguna, sabe que aquel brillo viene de la ciudad lejana que

él tal vez se figura toda de aquel color de la moneda. ¿Quién sabe qué ciudad maravillosamente ve el pastor en sus oscuros sueños?

Y en todas las poblaciones hasta donde llega la vibración de la gran ciudad palpitante ¿cuál es el impulso de aquellos que sienten dentro de sí alguna fuerza activa, sino el hacerla valer allí donde todo esfuerzo se intensifica y produce su máximo resultado en el choque de tantos como batallan confusamente?

Y en otras poblaciones decaídas, y en la estéril anchura de los campos miserables ¿hacia dónde miran todos los débiles y desvalidos, hacia dónde se orienta la última esperanza de toda desesperación, si no hacia el lejano resplandor de una ciudad que brilla en las tinieblas como una tierra de promisión donde toda miseria puede convertirse en riqueza, o despertar si no la piedad de almas refinadamente sensibles, o encontrar al menos algún calor al mero contacto de las grandes multitudes?

Y así se forma la ciudad: de sueños de glorias y riquezas maravillosas, de fuerzas activas que luchan, de egóísmos que se resisten, de principios de vida y de muerte,

de vicios y virtudes que acuden de todas partes.

Hay lugares en ella, hay momentos en que bendecís una puesta de sol con igual sentimiento que lo haríais en la soledad de la naturaleza. Entonces toda la ciudad parece un bosque virgen; su hacinamiento es como espesor de un bosque, y su gran rumor como rumor de viento o del mar lejano.

Otras veces la veis siniestra y oscura como un antro donde rechinan en penosas contorsiones millares de esfuerzos humanos que luchan entre sudores de sangre, destruyéndose unos a otros con horribles imprecaciones.

Este mismo batallar se os convierte a lo mejor en un gran júbilo de actividades fecundas iluminadas por la esperanza de una humanidad futura, feliz, con resplandores de Arcadia.

Tiene barrios donde, en el fondo de una miseria pintoresca, late el odio destructor; y otros en que la frivolidad descansa muellemente en el lujo con insolencia desdeñosa. Y de repente veis un rayo de piedad estremecer a ambos por igual y hacerlos hermanos.

Al lado de una iglesia, un lupanar; y encima de éste el trabajo intenso por el pan cotidiano de una familia virtuosa; y en la buhardilla un poeta ocioso que, soñando en su amor, se siente rey del mundo.

A veces la ciudad se congestiona, se amotina gritando horriblemente: choca el odio calenturiento con la fuerza fría y feroz, y el terror cunde y la sangre corre por el arroyo de sus vías agitadas; mientras en un plácido jardín de arrabal los niños danzan a la redonda cantando; y cuando las sombras oscurecen aquella plazoleta ya solitaria, en las vías que fueron campo de batalla la gente circula en paz como súbitamente desemborrachada de su reciente odio, y acude olvidada de todo a los palacios del placer brillantemente iluminados, en cuyo fondo tal vez trabajan oscuramente los gérmenes de terribles catástrofes.

Así la ciudad es un mundo, el compendio de un mundo, una síntesis viviente. No es una cosa distinta de la montaña solitaria, ni del llano risueño y cultivado, ni de la pequeña población activa, ni del yermo miserable; sino que recibe la vida de todo ello y le da alma y sentido.

Todos los que de cerca o de lejos la amen,

son sus ciudadanos, porque le dan su espíritu. El pastor en su visión maravillosa, el ambicioso en su ambición, el miserable en su esperanza, el poeta en sus ensueños, el luchador en su actividad, son los ciudadanos que han de regir la ciudad, su ciudad, la encarnación del espíritu común.

Más allá de sus límites, que no son otros que los de este espíritu mismo, puede haber otras ciudades hermanas, unidas a ella por afinidades más o menos determinadas; puede haber un estado político que las rija y combine bien o mal para fines más o menos generales; pero su vida interna es sagrada e inviolable, porque es el espíritu vivo de un mundo que es mundo por sí anterior y superior al Estado y a todas sus combinaciones externas.

Por esto toda acción que viniendo de fuera de la ciudad y de su espíritu intenta dirigir su vida interna, es una profanación; y el instrumento de ella ha de ser repelido como elemento extraño y dañino. Todo lo que dentro de ella se pone al servicio de aquellas combinaciones exteriores sacrificando su espíritu, es una traición que ha de ser descubierta y castigada. Todo lo que en ella es odio, o egoísmo personal, o ger-



men de destrucción infecunda, ha de ser extirpado y aventado.

Porque la ciudad es una unidad producida por el amor, y por el amor ha de ser regida. Y cada ciudadano de ella y de su espíritu, al ir a actuar de tal, puede apropiarse lo de «El Estado soy yo» de Luis XIV, diciendo firmemente: «La ciudad soy yo». Y la fuerza de esta afirmación sincera de amor ha de aniquilar todos los egoísmos y bastardías y negaciones que se le pongan por delante.

(Artículos, III).

## La montaña

**D**H! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado, pues podrá contemplarse a sí misma desde la altura. Verá diminutos sus caseríos en contraste con la inmensidad de los campos y del mar brillante, y sentirá cuán infinito es el cielo.

Y así comprenderá su misión la gran ciudad. ¿Por qué ese monstruoso hacinaamiento de moradas, por qué esa turbia atmósfera de alientos, por qué la agitación y el ruido de la multitud... y más allá la paz de los campos, la augusta soledad de las montañas, la limpidez del mar, bajo la eterna quietud del cielo?

La ciudad se espantará de sí misma y sentirá un fuerte impulso de esparramarse clareándose toda ella sobre la inmensidad de las tierras vecinas y más lejanas y hasta las cúspides de los montes.

Pero algo de ella misma, su razón de ser,

resistirá a este impulso; se sentirá ceñida por la necesidad del tiempo y forzada a esperar, pero anhelante.

¡Vedla cuán hermosa está la ciudad con su espíritu anhelante en la cúspide de la montaña! ¡Cómo bebe la luz de las alturas, y palpita en la atracción de los espacios, y se orienta en la extensión de las tierras, y escucha en la quietud de las soledades! Allí está el porvenir; pero entretanto...

El hombre de ciudad, el que lucha en la niebla, surge de la niebla con su pensamiento atormentado y su corazón en ritmo loco, y se alza a la claridad de la cumbre. De espaldas a la ciudad, ve ante sí el oleaje de las cordilleras hasta el remoto confín de las nieves perpetuas. Todas las montañas brillan quietas al sol, y un viento de pureza corre sobre ellas. El hombre de ciudad da un gran suspiro, y baja por la vertiente de la soledad entre los pinos.

Ante la sencilla rectitud de los pinos, la olorosa humildad de las matas y la armonía del viento en el bosque ¿en qué torna la dolorosa complicación de la mente, el encono de la lucha ciudadana, las heridas del amor propio, la necia vanidad de un éxito y la actividad sobreexcitada? Todo se

serena en una suave contemplación, todo forma su proporción y queda vivo, pero en paz. Entonces el hombre se pesa y se mide; y sabe lo que vale y lo que le falta valer: siente su pequeñez y su grandeza, y no se desprecia ni aprecia con exceso. Sonríe a sus debilidades y estima su fuerza sin orgullo; apacigua sus rencores, y se siente superior a sus heridas y a aquellos que las causaron, y les perdona. ¡Y a su mente aparece todo tan sencillo! No hay sino dejarse crecer recto como los pinos, libre y armonioso como el viento; dejarse dorar por el sol como las montañas, y dar simplemente como las matas el propio aroma.

El hombre de la ciudad vuelve entonces a la ciudad llevando en su alma la medida de sí mismo y la de ella. Y sus amigos y enemigos ven la serenidad de las cumbres en su frente, y en sus ojos el mirar de las grandes distancias y el reflejo de los horizontes lejanos. Y la adulación y la envidia se encuentran impotentes.

¡Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado.

Todos sus hombres irán subiendo a ella y volverán trasfigurados. Y en la soledad de los estudios, en la mesa puesta de las

familias, en la actividad de las industrias, en la lobreguez de los comercios, en la agitación de las vías y de las grandes salas, reinará recóndita la alta visión de la cumbre. La rectitud de los pinos, el olor de las matas, la libre armonía de los vientos vivirán en el alma de la ciudad, que sentirá su misión.

Realizar el tránsito a la altura y a la extensión de las tierras, he aquí la misión de la ciudad. Del fondo de sus laboratorios ha de brotar la redención de sus laboratorios; de la fiebre de sus industrias, la redención de sus industrias; de la niebla de sus alienatos, la redención de la multitud anhelante.

Todo ha de alzarse a la luz de las montañas y extenderse al aire puro de los campos y espaciarse por las tierras desde las nieves perpetuas hasta el mar azul.

Tal será la ciudad grande, la serena, la pura, la gloriosa, que ahora la ciudad apiñada, la turbia, la calenturienta, presiente con su espíritu anhelante en la cumbre de la montaña.

¡Oh! feliz la ciudad que tiene una montaña al lado; porque ella se siente como un tránsito a la luz...

## Del primer vuelo

**E**STE es el tiempo de empezar a ensayar el vuelo nosotros los que hemos permanecido fieles a la ciudad todo el invierno. Están esos campos de Dios que da gozo verlos, y es menester alejarse un poco en ellos para ir a buscar nuevas vistas y despedirse de cerca de las últimas nieves que brillan todavía en las cimas de las más altas cordilleras.

Y otra cosa más preciosa aún hay que ir a buscar en los poblados que no nos son familiares: la simpatía humana. Hay que ir a ser forastero en alguna parte para sentir cuán profundamente hermanos somos todos los hombres. Es éste un sentido que se entorpece con el demasiado permanecer entre nuestros afectos habituales; de modo que la mujer y los hijos, los amigos y allegados, los compañeros de nuestra acción acostumbrada, los que nos dirigen en ella

y los que nos sirven, acaban por parecer todo el mundo de nuestro corazón y que no hay más allá; y aun estos mismos afectos siempre encerrados se entristecen, sufren en su aire viciado por falta de renovación; se rebajan y empobrecen.

Por esto, cuando vamos a alguna parte en la que somos forasteros, y empiezan a rodearnos nuevas gentes y tratamos muchas que nos eran desconocidas, nos parece que descubrimos otro mundo y que descubrimos mucho también de nosotros mismos. —De modo—nos decimos—que hay tanto más para amar, y tanto más todavía en todo lo que desconocemos; y que si yo hubiera vivido en esta o en toda otra parte de la tierra, aquí o donde fuere hubiera tenido igualmente mujer e hijos, hermanos, amigos, compañeros de glorias y fatigas, y los hubiera querido tanto como a los míos de ahora; y que una igual potencia de amor aguarda a cualquiera en cualquier parte! Este hombre a quien no conocía hace una hora y al que quizás no vuelva a ver en mi vida, hubiera sido un buen amigo mío: lo conozco en el modo de hablarme y en el profundo y rápido entendernos, y desde mañana ya no nos veremos más, y ayer nada sabía-

tenemos el derecho y el deber de su comunicación, que es el único medio de acrecentarla. Y a eso venimos al mundo, y para eso somos hombres, y este es el último fin social y el fundamento divino de toda la sociedad.

Efusión es nuestro deber, infusión nuestro derecho. Y el placer que encontramos en toda comunicación humana es el presentimiento de este fin social y su poderoso estímulo. Y lo notamos más cuanto más renovamos el círculo de nuestras relaciones; ya sea saliendo a menudo del que nos es habitual, donde el placer corre el peligro de amortiguarse o de rebajarse, ya sea llamando a él relaciones siempre nuevas, aunque sean fugitivas, con tal de cobrar de ellas aquel tanto de idealidad más crecido cuanto más fugaces ellas sean.

¿No es verdad que en todo hombre que corre mucho por el mundo se encuentra como una mayor gracia de humanidad, como si fuera más hombre que los demás? ¿No conocéis el misterioso prestigio del viajero? En torno de su frente parece resplandecer la doble aureola de todas las idealidades que su figura y su trato han despertado al pasar por los caminos, y de todas las idealidades también que en su mente y en su co-



razón han florecido del trato múltiple con tantos hombres y mujeres, y de sus variadas estancias entre ellos. Y ¿no es verdad que en el hombre de casa anchamente hospitalaria se conoce una nobleza equivalente a aquella gracia del viajero? Su brazo parece siempre abrirse invitando, en su porte no queda rastro del triste desaliño contraído en las soledades domésticas, su actitud conserva la dignidad del que, estando en su casa, se encuentra constantemente ante alguien a quien quiere respetar, y en su voz de amo hay a toda hora un eco de órdenes generosas.

Uno y otro han visto y han tratado muchos hombres, uno y otro son ricos de afectos, y al ensanchar los límites de su comunicación material, han hecho su espíritu más apto para el amor en sus objetos preferidos: siendo más sociales, son más hombres.

Pues ésta es la lección que me ha dado la primera salida de primavera: que he vuelto a mi casa con el corazón henchido de simpatía humana, tan contento de ella que he querido derramarla; porque éste es un tesoro maravilloso que despierta una codicia extraña: la de dar de él; y cuanto más se da de él, más se acrecienta.

## Los vivos y los muertos

ESTA Conmemoración anual de los Difuntos es como una corona lanzada en ofrenda al más allá por encima del muro de oscuridad que nos rodea y que nos va sorbiendo uno tras otro, sin que ninguno vuelva a decir lo que pasa al otro lado ni nos dé señal de ello.

Los que aquí entretanto quedamos, quedamos siempre un poco admirados de estas desapariciones, por muchas que hayamos visto. Esto de la muerte—como todo lo de más universal valor, como el nacer, como el amor, como la primavera y el día—siempre nos viene un poco de nuevo.

¡Cómo! Este hombre que se movía, y hablaba, y sonreía, y tenía su expresión, y su aire y su mirar, que me producía tal efecto, y me llamaba también a mirar y a sonreír y a hablar..... ahora no es nada delante de mí, me siento solo en su presencia.....

¿Duerme.....? algo más que dormir, porque no despierta y su carne empieza a deshacerse..... porque se ha quedado sola. Él ya no está, y su carne está aquí deshaciéndose. Pero ¿no es él mismo quien se deshace en mi presencia? No; él me hablaría aún, me sonreiría, me miraría de aquella manera suya - ¿sabes?—y yo me echaría a reír, o a llorar y le contestaría..... Pero ¿y si durmiera? Si durmiera le despertaría, le llamaría, le sacudiría..... ahora no me atrevo a tocar esta carne y sé que es inútil llamarla. Conviene meter pronto en la tierra esta carne. Estoy seguro de que él no está en ella.

Pues ¿a dónde ha ido, y cómo ha pasado esto, y dónde está ahora? Hace poco estaba aquí, sufría, pero me hablaba, ha extendido el brazo, ha cogido algo con la mano, me ha mirado, ha sonreído un poco; parecía sufrir menos, como si se durmiera; ha hecho todavía alguna señal con las cejas y con los labios..... y después se ha quedado inmóvil; ya era otra cosa, era una paz espantosa, era una paz de carne sola, vacía.... era lo mismo, pero ¡estaba muerto! Aquí está todavía; pero él, él ¿dónde está?

Él está ahora tras esa oscuridad que nos rodea, que rodea nuestra claridad, que es

el muro invisible de nuestra claridad, y que nos filtra sutilmente el espíritu dejando sola en la claridad la carne muerta.

Y del otro lado del muro nada nos viene: ni una señal, ni un temblor, ni un suspiro: una quietud espantosa.

Sobre este muro la Fe pone sus letras de fuego que dicen: Eternidad. Y esto ya es mucho, ya es todo si se quiere, si se puede. Pero a veces no se puede, porque esto es sólo el qué, y el hombre es muy ávido del cómo y necesita pasto de éste. Dios le ha dicho: Serás conmigo o fuera de mí: felicidad o infelicidad eternas. Pero el cuándo y el cómo, feliz o infeliz eternamente, Dios no se lo ha dicho todavía: es la nueva luz reservada seguramente al otro lado del muro. Allí nos aguarda. Pero ¿por qué no nos dicen nada de ello los que ya lo atravesaron? ¿Tan recio es y tan sordo? Tan sutilmente se pasa de aquí allá, que con un nada nos encontramos del otro lado; tan espeso de allá aquí, que nada nos vuelve, ni una señal, ni un temblor, ni un suspiro.

Y, sin embargo, hermanos nuestros sois los millones que lo habéis pasado: ayer erais como nosotros mismos, y sabéis nuestro afán, que era el vuestro propio. Aquí nos

habéis dejado golpeando el muro y queriendo ablandarlo con nuestras lágrimas para sentir algo al través, y nada contestáis: aunque hayáis sido aquí nuestro amor más fuerte, y nosotros el vuestro, nada queréis decirnos. ¿No podéis? ¿Habrá del otro lado el mismo afán que de éste, igualmente doloroso e insatisfecho? Tal vez golpeáis también desesperadamente y nos llamáis a gritos y no podéis haceros oír de nosotros; o tal vez nos oímos y nos hablamos sin llegar a entendernos.

A veces—¿no es verdad?—nos parece estar hablando con los muertos. ¿Con los muertos? No. Con los vivos en otra naturaleza. En otra naturaleza según la cual, y por comparación, los muertos debemos ser nosotros. Tal vez son ellos los que más se afanan en sacudirnos para despertarnos a la luz de su nuevo día, y se desesperan del profundo sueño de nuestra naturaleza, y se dicen entre sí de nosotros:—¡Ved qué muertos están todavía!—Y nosotros los oímos como una persona profundamente dormida oye vagamente que la llaman en su sueño y le dicen algo que no acaba de entender, y lo que oye se le confunde con las imágenes del sueño del que no puede acabar de des-

pertar. ¡Esto debe ser! ¡y qué lástima deben tener de nosotros! Después, algunos deben causarse y se alejan allá de su nueva naturaleza y nos abandonan y nos olvidan; pero otros deben permanecer junto al muro y son estas voces que oímos siempre más en nuestra naturaleza, en nuestro sueño, sin acabar de entenderlas hasta que despertamos al otro lado en sus brazos..... o en lo que allá sean sus brazos.

Pero todo esto no son sino imágenes de nuestro sueño que trazamos infantilmente sobre el muro de nuestra naturaleza para satisfacer en algo nuestra avidez del *cómo*, ya que del *qué* no acabamos de satisfacernos.

Y, sin embargo, tal vez nuestro error está en considerar la otra vida como cosa demasiado distinta y apartada. Algo de nuestra humanidad habrá aún en ella ¿no os lo dice el corazón? Y eternidad hay en todas, y nuestra Fe no es tan ciega como exasperadamente la pintamos. Momentos de eternidad sentimos ya en nosotros mismos. Ante la naturaleza, ante los grandes afectos humanos, ante Dios directamente en la oración, tenemos momentos de luz, de exaltación, de alegría, con una gran paz al mismo tiempo, en que todo lo de este mundo

nos es igual; es el puro goce del ser de cualquier modo, es la vida eterna.

Pues no busquéis más: esto es lo que os espera, un poco más claro tal vez, si lo habéis merecido, al otro lado del muro, y en ello todos vuestros muertos. Y si os ejercitáis bien en esto ya del lado de acá, si tales momentos de eternidad se multiplican y dilatan tanto en vuestra vida actual que ya lo demás de ella sea lo de menos, el muro que nos rodea se irá adelgazando, adelgazando, y sutilizándose y dejándose penetrar hasta que vacile y caiga.

*Mors stupebit.* La muerte quedará estupefacta, pero en seguida huirá deslumbrada por los rayos del nuevo día que inundará de luz nuestra región, y ya todo será uno entonces. Entonces no habrá otros muertos que aquellos de quienes queremos hablar cuando decimos de Dios que en el último día «desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos». ¡Ni de éstos haya! ¡pierda tal palabra, Señor, todo sentido!

(Artículos V)